

## ***Atrapa otro tren, Pepe***

A los vecinos, como a los cuñados, no se les elige. Cuando yo llegué al *Levante de Castellón*, Pepe ya vivía allí, en la página de los miércoles. La línea divisoria de nuestras escrituras no era permeable y no teníamos conocimiento hasta entonces el uno del otro ni el otro del uno, pero sus ventanales se me antojaron de los que dejan pasar la luz sin opacidades. A través de ellos percibí la brisa franca de su naturalidad hecha opinión, la brisa justa de su medida, la brisa firme de sus convicciones.

Ritualmente, cada miércoles, le leía primero a él y después a mí de nuevo, por aquello de las erratas. Columnistas de un mismo periódico, además de coincidir en día y en página, en alguna ocasión coincidimos en temática. Más de un año y medio como vecinos. Yo desde mi vehemencia, armado con mi prosa retorcida, él desde la ponderación lúcida, con la energía ideológica inagotable que procuran ocho décadas densas que parecen menos.

Pude comprobarlo en una cena navideña del periódico en la que tuvieron que presentarnos aun estando limítrofes en la barra previa, porque nuestras fotos respectivas de cabecera de columna no nos hacían justicia. Ambos éramos, en vivo, más guapos, más jóvenes, más fuertes, más inequívocos.

- Pepe Catalá, tu vecino de página – debió aproximar alguien que no recuerdo.

A partir de la coincidencia física navideña incrementamos nuestro trato. Parecerá esto un enamoramiento, una carnalización de la relación, pero no, no lo fue, sólo que el bordado de la amistad fue creciendo y donde sólo había coexistencia acabó por germinar el afecto.

Yo al principio lo desconocía todo sobre Pepe. Mi ignorancia imperdonable no registraba siquiera su pasado de hombre insigne de la radio española de los 60, 70 y 80. Pero como uno también es lo que escribe, miércoles a miércoles, como en una novela por entregas, fui deduciendo aspectos de su personalidad cuando su columna era introspectiva, aspectos de su ideología cuando era refunfuñona y aspectos de su pasado cuando era retrospectiva. A grandes rasgos, a brochazos conexos me fui forjando la idea de que mi vecino de abajo no sólo era un tipo que escribía bonito y profundo sino que merecía ser conservado en la mesita de noche de los amigos.

Al cabo de casi doscientos artículos, de casi tres años volcándose semanalmente a sí mismo, un día de septiembre, Pepe me llamó para advertirme que se mudaba, que dejaba libre el apartamento de abajo, que ni estaba cansado ni dejaba de estarlo pero que sentía que necesitaba no estar vinculado a la obligación de escribir sobre algo, como un automatismo, cada semana, cada domingo, cada lunes, según ánimos.

Después lo entendí, cuando leí sus memorias radiofónicas, las que él mismo escribió.

Pepe no gusta de permanecer demasiado tiempo en una misma estación. Ni a los veinte ni a los ochenta. No ha sido nombre de esperar a los trenes sino de tomarlos en marcha desmintiendo aquello que los pusilánimes dicen sobre que algunos trenes sólo pasan una vez en la vida. Y es que Pepe se parece un poco a Mahoma en su determinación coránica, porque si el tren no paraba en su estación, era él quien buscaba otra donde sí se detuviese. O lo tomaba en marcha si no había otra parada.

Poco amigo de aconsejar, le medio no dije que me parece bien lo que bien te parece, Pepe, que no son años de andarse con compromisos. Y fidelidades las justas, a uno mismo, a los suyos y a lo suyo. Y Pepe, caballeroso como no se estila, con ese porte de galán de radio, con esa voz de ánfora romana que San Blas todavía le conserva, le dijo a otro Pepe, a Beltrán, redactor jefe del periódico, que hasta aquí llegaba

su travesía con su opinión. Le debió estrechar la mano con firmeza y tieso pero sin envararse, ahuyentadas las dudas inherentes a toda decisión, debió salir de la redacción oliendo a otra etapa, a otros proyectos, oliendo a renovado, a recién hecho, como antaño, cuando cambiaba de vía.

Proyectos como este de recopilarse. Recopilarse para entenderse mejor. Recopilarse para saberse, para recordarse que un día escribió sobre esto y sobre aquello, que quien escribe mucho olvida más. Que unas veces fue tierno como el rocío a la escritura y otras duro con las espuelas. Recopilarse para conocerse, para reconocerse, para reencontrarse con ese yo reflexivo y hondo que sólo sacamos quienes escribimos cuando la exigencia lo demanda, cuando dejamos a un lado la frivolidad y brotamos. A veces, alguna tarde inspirada, incluso florecemos para que alguien nos corte y nos huela.

Esta recopilación, precisamente por eso, por recopilatoria, permite traspasar la epidermis de un Pepe Catalá que no ha tenido pudor en exponer en una galería más de la pinacoteca de su vida, su colección de yoes escritos hechos libro. Y es que pocas cosas vuelven al hombre y a la mujer tan transparentes como su escritura.

Me consta que me sigue leyendo cada miércoles que puede. Me consta porque nos hemos tomado más de una cerveza conversando sobre nosotros y sobre los ángeles, sobre los nuestros y sobre los malos, riéndonos de estos señoritingos provincianos de cada día que tanto jugo y juego nos ha dado. Y no sólo me lee sino que ha tenido el gesto de promocionarme entre sus contactos ilustres del Madrid periodístico.

- Tú mereces algo más que un periódico de provincias – me vino a decir un día.

Y a mí se me cayeron la mayor y el juanete del azoramiento y no supe agradecerle lo suficiente ni el gesto ni sus palabras. Todavía no he dado con la fórmula para compensarle por tanta confianza derrochada.

Uno de esos días me regaló un ejemplar de *Mi querida Radio Castellón, Barcelona, Madrid*. Y yo que al principio, como he dicho, lo desconocía todo sobre Pepe Catalá, me encontré al término de la lectura de esos recuerdos e impresiones de su vida radiofónica, no sólo con un locutor, sino con un actor, con un doblador, con una voz en definitiva que discurrió entre los personajes más placeados y notorios de tres décadas largas de la vida pública española. Cuando descubrí que él había sido el narrador de *Dartacán y los tres mosqueperros*, se me vino su voz a la memoria infantil y entonces comprendí definitivamente que detrás de su anonimato de jubilado al que nadie señala por la calle, se amagaba un hombre rico, pleno, deslumbrante, un hombre que ha vivido por cinco y que todavía tiene voz y palabra para emitir muchos capítulos.

Un hombre que cuando traspases esta página, lector, se te ofrecerá ligero, variopinto, convincente, con los mil y un registros propios de un atleta de la radio que cogía los trenes por las solapas.